

ELECTRA **BENITO PÉREZ GALDÓS**

canarias
eBook



La ciudad
de
Galdós

EDICIÓN ESPECIAL I CENTENARIO

BENITO PÉREZ GALDÓS

ELECTRA

ACTO PRIMERO. ESCENAS I-V

canarias
eBook

CRÉDITOS

1ª EDICIÓN, NOVIEMBRE DE 2019

© DE LOS TEXTOS: BENITO PÉREZ GALDÓS

© DE LA ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: CANARIASEBOOK

© DE ESTA EDICIÓN: CANARIASEBOOK / CAM-PDS EDITORES SL

© DEL EBOOK: CANARIASEBOOK / CAM-PDS EDITORES SL

ISBN: EDICIÓN NO VENAL

REVISIÓN DE ORTOGRAFÍA Y ESTILO: CANARIASEBOOK / CAM-PDS EDITORES SL

EDICIÓN DE CANARIASEBOOK / CAM-PDS EDITORES SL

C/ DOMINGO J. NAVARRO, 23

35002 • LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

TFNO.: 928 054 344 • MÓVIL: 695 571 983

EDICIONES@CANARIASEBOOK.COM

CONTENIDO

[CRÉDITOS](#)
[ACTO PRIMERO](#)
[ESCENA I](#)
[ESCENA II](#)
[ESCENA III](#)
[ESCENA IV](#)
[ESCENA V](#)

ACTO PRIMERO

Sala lujosa en el palacio de los señores de García Yuste. A la derecha, paso al jardín. Al fondo, comunicación con otras salas del edificio. A la izquierda, en primer término, puerta de la habitación de Electra. (Izquierda y derecha se entiende del espectador.)

ESCENA I

(*EL MARQUÉS; JOSÉ, por el foro.*)

JOSÉ. Están en el jardín. Pasaré recado.

MARQUÉS. Aguarda. Quiero dar un vistazo a esta sala. No he visitado a los señores de García Yuste desde que habitan su nuevo palacio... ¡Qué lujo!... Hacen bien. Dios les da para todo, y esto no es nada en comparación de lo que consagran a obras benéficas. ¡Siempre tan generosos...!

JOSÉ. ¡Oh, sí, señor!

MARQUÉS. Y siempre tan retraídos... aunque hay en la familia, según creo, una novedad muy interesante...

JOSÉ. ¿Novedad?... ¡Ah!, sí... ¿Lo dice por...?

MARQUÉS. Oye, José, ¿harás lo que yo te diga?

JOSÉ. Ya sabe el señor marqués que nunca olvido los catorce años que le serví... Mande vucencia.

MARQUÉS. Pues bien, hoy vengo exclusivamente por conocer a esa señorita que tus amos han traído poco ha de un colegio de Francia.

JOSÉ. La señorita Electra.

MARQUÉS. ¿Podrás decirme si sus tíos están contentos de ella, si la niña se muestra cariñosa, agradecida?

JOSÉ. ¡Oh!, sí... Los señores la quieren... Solo que...

MARQUÉS. ¿Qué?

JOSÉ. Que la niña es algo traviesa.

MARQUÉS. La edad...

JOSÉ. Juguetona, muy juguetona, señor.

MARQUÉS. Es monísima; según dicen, un ángel...

JOSÉ. Un ángel, si es que hay ángeles parecidos a los diablos. A todos nos trae locos.

MARQUÉS. ¡Cuánto deseo conocerla!

JOSÉ. En el jardín la tiene vucencia. Allí se pasa toda la mañana enredando y haciendo travesuras.

MARQUÉS. (*Mirando al jardín.*) Hermoso jardín, parque más bien: arbolado viejo, del antiguo palacio de Gravelinas...

JOSÉ. Sí, señor.

MARQUÉS. La magnífica casa de vecindad que veo allá, ¿no es también de tus amos?

JOSÉ. Con entrada por el jardín y por la calle. En el piso bajo tiene su

laboratorio el sobrino de los señores: el señorito Máximo, primer punto de España en las matemáticas y en la... en la...

MARQUÉS. Sí; el que llaman el 'Mágico prodigioso'... Le conocí en Londres... no recuerdo la fecha... Aún vivía su mujer.

JOSÉ. El pobrecito quedó viudo en febrero del año pasado... tiene dos niños lindísimos.

MARQUÉS. No hace mucho he renovado con Máximo mi antiguo conocimiento, y aunque no frecuento su casa, por razones que yo me sé, somos grandes amigos, los mejores amigos del mundo.

JOSÉ. Yo también le quiero. ¡Es tan bueno...!

MARQUÉS. Y dime ahora, ¿no se arrepienten los señores de haber traído ese diablillo?

JOSÉ. (*Recelando que venga alguien.*) Diré a vucencia... Yo he notado... (*Ve venir a don Urbano por el jardín.*) El señor viene.

MARQUÉS. Retírate...

ESCENA II

(*EL MARQUÉS; DON URBANO.*)

MARQUÉS. (*Dándole los brazos.*) Mi querido Urbano...

DON URBANO. ¡Marqués! ¡Dichosos los ojos...!

MARQUÉS. ¿Y Evarista?

DON URBANO. Bien. Extrañando mucho las ausencias del ilustre marqués de Ronda.

MARQUÉS. ¡Ay, no sabe usted qué invierno hemos pasado!

DON URBANO. ¿Y Virginia?

MARQUÉS. No está mal. La pobre, siempre luchando con sus achaques. Vive por el vigor tenaz, testarudo digo yo, de su gran espíritu.

DON URBANO. Vaya, vaya... ¿Conque...? (*Señalando al jardín.*) ¿Quiere usted que bajemos?

MARQUÉS. Luego. Descansaré un instante. (*Se sienta.*) Hábleme usted, querido Urbano, de esa niña encantadora, de esa Electra, a quien han sacado ustedes del colegio.

DON URBANO. No estaba ya en el colegio. Vivía en Hendaya con unos parientes de su madre. Yo nunca fui partidario de traerla a vivir con nosotros; pero Evarista se encariñó hace tiempo con esa idea; su objeto no es otro que tantear el carácter de la chiquilla, ver si podremos obtener de ella una buena mujer, o si nos reserva Dios el oprobio de que herede las mañas de su madre. Ya sabe usted que era prima hermana de mi esposa, y no necesito recordarle los escándalos de Eleuteria, del 80 al 85.

MARQUÉS. Ya, ya.

DON URBANO. Fueron tales que la familia, dolorida y avergonzada, rompió con ella toda relación. Esta niña, cuyo padre se ignora, se crio junto a su madre hasta los cinco años. Después la llevaron a las Ursulinas de Bayona. Allí, ya fuese por abreviar, ya por embellecer el nombre, dieron en llamarla Electra, que es grande novedad.

MARQUÉS. Perdone usted, novedad no es; a su desdichada madre, Eleuteria Díaz, los íntimos la llamábamos también Electra, no solo por abreviar, sino porque a su padre, militar muy valiente, desgraciadísimo en su vida conyugal, le pusieron Agamenón.

DON URBANO. No sabía... Yo jamás traté con esa gente. Eleuteria, por la fama de sus desórdenes, se me representaba como un ser repugnante...

MARQUÉS. Por Dios, mi querido Urbano, no extreme usted su severidad. Recuerde que Eleuteria, a quien llamaremos Electra I, cambió de vida... Ello debió de ser hacia el 88...

DON URBANO. Por ahí... Su arrepentimiento dio mucho que hablar. En San José de la Penitencia murió en el 95 regenerada, abominando de su libertinaje horrible, monstruoso...

MARQUÉS. (*Como reprendiéndole por su severidad.*) Dios la perdonó...

DON URBANO. Sí, sí, perdón, olvido...

MARQUÉS. Y ustedes, ahora, tantean a Electra II para saber si sale derecha o torcida. ¿Y qué resultado van dando las pruebas?

DON URBANO. Resultados oscuros, contradictorios, variables cada día, cada hora. Momentos hay en que la chiquilla nos revela excelsas cualidades, mal escondidas en su inocencia; momentos en que nos parece la criatura más loca que Dios ha echado al mundo. Tan pronto le encanta a usted por su candor angelical, como le asusta por las agudezas diabólicas que saca de su propia ignorancia.

MARQUÉS. Exceso de imaginación, quizás, desequilibrio. ¿Es viva?

DON URBANO. Tan viva como la misma electricidad, misteriosa, repentina, de mucho cuidado. Destruye, trastorna, ilumina.

MARQUÉS. (*Levantándose.*) La curiosidad me abrasa ya. Vamos a verla.

ESCENA III

(*EL MARQUÉS, DON URBANO, CUESTA por el fondo.*)

CUESTA. (*Entra con muestras de cansancio, saca su cartera de negocios y se dirige a la mesa.*) Marqués... ¿Tanto bueno por aquí...?

MARQUÉS. Hola, gran Cuesta. ¿Qué nos dice nuestro incansable agente...?

CUESTA. (*Sentándose. Revela padecimiento del corazón.*) El incansable... ¡ay!, se cansa ya.

DON URBANO. Hombre, ¿qué me dices del alza de ayer en el Amortizable?

CUESTA. Vino de París con dos enteros.

DON URBANO. ¿Has hecho nuestra liquidación?

MARQUÉS. ¿Y la mía?

CUESTA. En ellas estoy... (*Saca papeles de su cartera y escribe con lápiz.*) Luego sabrán ustedes las cifras exactas. He sacado todo el partido posible de la conversión.

MARQUÉS. Naturalmente... siendo el tipo de emisión de los nuevos valores 79,50... habiendo adquirido nosotros a precio muy bajo el papel recogido...

DON URBANO. Naturalmente...

CUESTA. Naturalmente, el resultado ha sido espléndido.

MARQUÉS. La facilidad con que nos enriquecemos, querido Urbano, enciende en nosotros el amor de la vida y el entusiasmo por la belleza humana. Vámonos al jardín.

DON URBANO. (*A Cuesta.*) ¿Vienes?

CUESTA. Necesito diez minutos de silencio para ordenar mis apuntes.

DON URBANO. Pues te dejamos solo. ¿Quieres algo?

CUESTA. (*Abstraído en sus apuntes.*) No... Sí, un vaso de agua. Estoy abrasado.

DON URBANO. Al momento. (*Sale con el Marqués hacia el jardín.*)

ESCENA IV

(CUESTA, PATROS.)

CUESTA. (*Corrigiendo los apuntes.*) ¡Ah!, sí, había un error. A lo de Yuste corresponden... un millón seiscientas mil pesetas. Al marqués de Ronda, doscientas veintidós mil. Hay que descontar las doce mil y pico, equivalentes a los nueve mil francos...

(*Entra Patros con vasos de agua, azucarillos, coñac. Aguarda un momento a que Cuesta termine sus cálculos.*)

PATROS. ¿Lo dejo por aquí, don Leonardo?

CUESTA. Déjalo y aguarda un instante... Un millón ochocientos... con los seiscientos diez... hacen... Ya está claro. Bueno, bueno... Conque, Patros... (*Echa mano al bolsillo, saca dinero y se lo da.*)

PATROS. Señor, muchas gracias.

CUESTA. Con esto te digo que espero de ti un favor.

PATROS. Usted dirá, don Leonardo.

CUESTA. Pues... (*Revolviendo el azucarillo.*) Verás...

PATROS. ¿No pone coñac? Si viene sofocado, el agua sola puede hacerle daño.

CUESTA. Sí, pon un poquito... Pues quisiera yo... no vayas a tomarlo a mala parte... quisiera yo hablar un ratito a solas con la señorita Electra. Conociéndome como me conoces, comprenderás que mi objeto es de los más puros, de los más honrados. Digo esto para quitarte todo escrúpulo... (*Recoge sus papeles.*) Antes de que alguien venga, ¿puedes decirme qué ocasión, qué sitio son los más apropiados...?

PATROS. ¿Para decir cuatro palabritas a la señorita Electra? (*Meditando.*) Ello ha de ser cuando los señores despachan con el apoderado... Yo estaré a la mira...

CUESTA. Si pudiera ser hoy, mejor.

PATROS. El señor, ¿vuelve luego?

CUESTA. Volveré, y con disimulo me adviertes...

PATROS. Sí, sí... Pierda cuidado. (*Recoge el servicio y se retira.*)

ESCENA V

(CUESTA, PANTOJA, enteramente vestido de negro. Entra en escena meditabundo, abstraído.)

CUESTA. Amigo Pantoja, Dios lo guarde. ¿Vamos bien?

PANTOJA. (*Suspira.*) Viviendo, amigo, que es como decir esperando.

CUESTA. Esperando mejor vida...

PANTOJA. Padeciendo en esta todo lo que el Señor disponga para hacernos dignos de la otra.

CUESTA. ¿Y de salud?

PANTOJA. Mal y bien. Mal, porque me afligen desazones y achaques; bien, porque me agrada el dolor y el sufrimiento me regocija. (*Inquieto y como dominado por una idea fija, mira hacia el jardín.*)

CUESTA. Ascético estáis.

PANTOJA. ¡Pero esa loquilla...! Véala usted correteando con los chicos del portero, con los niños de Máximo y con otros de la vecindad. Cuando la dejan explayarse en las travesuras infantiles, está Electra en sus glorias.

CUESTA. ¡Adorable muñeca! Quiera Dios hacer de ella una mujer de mérito.

PANTOJA. De la muñeca graciosa, de la niña voluble podrá salir un ángel más fácilmente que saldría de la mujer.

CUESTA. No le entiendo a usted, amigo Pantoja.

PANTOJA. Me entiendo yo... Mire, mire cómo juegan. (*Alarmado.*) ¡Jesús me valga! ¿A quién veo allí? ¿Es el marqués de Ronda?

CUESTA. El mismo.

PANTOJA. Ese corrompido corruptor, tenorio de la generación pasada, no se decide a jubilarse por no dar un disgusto a Satanás.

CUESTA. Para que pueda decirse una vez más que no hay paraíso sin serpiente.

PANTOJA. ¡Oh, no! ¡Serpiente ya teníamos! (*Nervioso y displicente, se pasea por la escena.*)

CUESTA. Otra cosa, ¿no se ha enterado usted de la millonada que les traigo?

PANTOJA. (*Sin prestar gran atención al asunto, fijándose en otra idea que no manifiesta.*) Sí, ya sé... ya... Hemos ganado una enormidad.

CUESTA. Evarista completará su magna obra de piedad...

PANTOJA. (*Maquinalmente.*) Sí.

CUESTA. Y usted dedicará mayores recursos a San José de la Penitencia.

PANTOJA. Sí... (*Repitiendo una idea fija.*) Serpiente ya teníamos. (*Alto.*) ¿Qué

me decía usted, amigo Cuesta?

CUESTA. Que...

PANTOJA. Perdone usted... ¿Es cierto que el vecino de enfrente, nuestro maravilloso sabio, inventor y casi taumaturgo, piensa mudar de residencia?

CUESTA. ¿Quién? ¿Máximo? Creo que sí. Parece que en Bilbao y en Barcelona acogen con entusiasmo sus admirables estudios para nuevas aplicaciones de la electricidad; y le ofrecen cuantos capitales necesite para plantear estas novedades.

PANTOJA. (*Meditabundo.*) ¡Oh!... Capital, dentro de mis medios, yo se lo daría, con tal que...